

UNA DEFENSA DE OCCIDENTE¹ EL LEGADO INSTITUCIONAL

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Emilio Lamo de Espinosa Michels de Champourcin*

HUNDIMIENTO O CONSUMACIÓN

En julio de 1923, hace algo más de un siglo, aparece el número 1 de la Revista de Occidente. Nada usual, y menos en España, que una revista cultural alcance esa notable longevidad. Tampoco es o era usual el rotundo título que envuelve el producto, nada menos que «pasarle revista a Occidente». Sin embargo, en la presentación de la nueva revista no encontramos nada que justifique ese sugerente y ambicioso rótulo. Tampoco lo encontramos leyendo los trabajos allí editados. Sin embargo el ejemplar se cierra, ahora sí, con el anuncio del libro *La decadencia de Occidente* de Ostwald Spengler, libro que, me atrevo a pensar, es la referencia obligada de la misma revista.

Prueba de la importancia que le daba Ortega es que, cuando un año antes, en 1922, edita la *Biblioteca de ideas del siglo 20* –que pretende reunir las cinco obras más características del tiempo nuevo–, incluye entre los seleccionados el libro de Spengler en traducción de García Morente. Y en el breve prólogo Ortega señalaba con rotundidad que era sin duda *la peripecia intelectual más estruendosa de los últimos años*. Tenía razón, quizás incluso en el adjetivo «peripecia». El primer tomo de *La decadencia de Occidente* se había publicado

¹ Conferencia, revisada y muy ampliada, leída en el acto de inauguración de curso del Instituto Universitario Ortega y Gasset, 18 de octubre del 2024,

* Sesión del día 27 de mayo de 2025.

en julio de 1918, pero cuatro años más tarde se habían vendido en Alemania 53.000 ejemplares y para 1926 había vendido más de 100.000. Ortega citará el libro de Spengler toda su vida (la última mención que he encontrado es del año 1932), aunque en 1924, en un artículo en *El Sol*, reconocerá que *no ha leído* el libro, que *solo lo ha ojeado*². Sorprendente.

En todo caso el libro de Spengler, su numerosa audiencia, y la misma *Revista de Occidente*, responden sin duda a una coyuntura global que hoy, me temo, se ha agudizado. La primera guerra mundial había mostrado la parte oscura de la civilización europea. El sueño de una paz liberal basada en la interdependencia de las economías y las sociedades –basada en una primera globalización de finales del XIX–, se rompió en añicos el verano de 1914. Europa empezaba a intuir su decadencia y, en consecuencia, empezaba a mirar hacia afuera, e incluso a verse ella misma desde ese afuera.

Como se percibe ya claramente en la *Historia del Mundo* del alemán Hans Ferdinand Helmolt (editada entre 1899 y 1907), primera en la que Europa ya no aparece como eje conductor del relato. Incluso lo percibimos en Max Weber, cuya magna tetralogía sobre las religiones del mundo³ incluía a Occidente como una pieza más del puzzle, y no necesariamente como el mascarón de proa de la evolución mundial. La esperanzada teoría del progreso decimonónica (Europa como vanguardia de la evolución de la humanidad que proyecta la «civilización» sobre la «barbarie» exterior) había sido quebrada por la gran guerra.

Así, Spengler presentaba su (filosofía de la) historia universal como un conjunto de culturas de las que Occidente (la cultura «fáustica») era una más. Spengler daba un «giro copernicano» que avanzaba más allá de una visión eurocéntrica de la historia y, por lo tanto, también de una visión lineal: mundo antiguo-mundo medieval-mundo moderno. Por decirlo en terminología de Mijail Bajtin, Spengler rompía con el cronotopo, el espacio-tiempo, que sustentaba la cosmovisión ilustrada occidental.

En todo caso lo que Ortega no discute es lo acertado de la traducción que García Morente hace del título de Spengler, traducción ampliamente discutida: *Der Untergang des Abendlandes*, *La decadencia de Occidente*. Pues *Untergang*, ¿es decadencia, o es hundimiento? Mas bien lo segundo. Sin embargo, Spengler no pretendía describir una catástrofe sino un «crepúsculo» o «puesta de sol». *Sonnenuntergang* en alemán significa puesta de sol, y *Abendland* significa literalmente «tierra del atardecer». En 1921, Spengler escribió que podría haber usado la palabra *Vollendung*, que significa «cumplimiento» o

² En *Diálogo sobre el arte nuevo*, *El Sol*, 27 de octubre de 1924

³ Primer volumen, *La Ética protestante*, editado en 1905, *La religión en China* en 1915, *La religión en India* en 1916, *El judaísmo antiguo* en 1917-19.

«consumación». «Realizar completamente una acción», dice el DRAE de la palabra «consumar». Consumar es al tiempo éxito y extinción, pero extinción por éxito, no por fracaso.

Hubiera sido un acierto pues, aparte de haberle ahorrado muchas críticas, habría acertado. Al menos la coyuntura actual es más bien consumación que hundimiento y, si se trata de una decadencia, lo es relativa, no absoluta como he tratado de argumentar en mi libro *Entre águilas y dragones*, con el subtítulo *El declive de Occidente*⁴. Libro en el que no perdí el tiempo intentando precisar el concepto de «Occidente» pues, como señala el politólogo francés Dominique Moïsi, *puede que norteamericanos y europeos ya no sepan qué significa para ellos Occidente, pero el resto del mundo sí lo sabe*⁵. Es fácil llevar a cabo una reducción nominalista del concepto para argumentar, como hacía Margaret Thatcher con el concepto de sociedad: no he encontrado nunca a esa sociedad, solo encuentro personas o familias. De modo similar podemos decir: no conozco a ese tal «Occidente»; solo conozco franceses, alemanes, etc. El narcisismo de las pequeñas diferencias nos lleva en esa dirección. Somos tan distintos...Es una mirada interna que amplifica las diferencias.

Pero quien mire a Europa o América del Norte (y probablemente también a la del sur) y lo haga desde El Cairo, El Cabo, Damasco, Delhi o Manila seguro que sabe lo que es Occidente. Las civilizaciones son, a la postre grandes familias culturales y es indiscutible que esta lo es. Una gran familia con una cultural inmaterial marcada por una religión potente (el cristianismo) más una filosofía (la ilustración y la ciencia), y una poderosa cultura material (una civilización tecno-científica). Occidente existe al menos desde Roma, y existe como indiscutible sujeto histórico.

Y de ese sujeto histórico quiero hablar hoy.

¿QUIEN MANDA EN EL MUNDO?

¿Quién manda en el mundo? Es la pregunta que se formulaba Ortega en un texto breve aparecido en el diario *El Sol* en 1929 y ampliado en *La Rebelión de las masas*, editadas en 1930. El mismo año en que Freud publica *El malestar en la cultura*, escrita de un tirón, también en 1929, y el mismo año en que Karl Mannheim edita *Ideología y Utopía*. No es necesario recordar que en 1929 tiene lugar el *crash* de Wall Street, que en las elecciones del año si-

⁴ Premio Espasa de Ensayo, Madrid, 2021.

⁵ Moïsi, D., *La geopolítica de la emoción: cómo las culturas del miedo, la humillación y la esperanza están remodelando el mundo*, trad. de Jorge Seca, Paidós, Barcelona, 2009, p. 25.

guiente Hitler obtendrá 107 escaños, convirtiéndose en la segunda fuerza política del país, o que ese año Mussolini blindó la dictadura fascista obligando a jurar lealtad al fascio. Ni sobra tampoco recordar que fue en 1929 cuando Stalin ordena la colectivización de la agricultura, liquida los kulaks, y genera la hambruna brutal del Holodomor.

Año axial

No es sorprendente que Ortega conteste de un modo ambiguo a la pregunta de quién manda en el mundo. Ortega ya le ha pasado «revista a Occidente», si se me permite el juego de palabras, está más allá de una *visión eurocéntrica de la historia* y Europa *deja de mandar* para añadir:

*No importaría que Europa dejase de mandar si hubiera alguien capaz de sustituirla, pero no hay sombra de tal*⁶.

Pero Ortega sí nos dejó una respuesta clara, respuesta que había heredado del historicismo alemán, de Max Weber, de Max Scheler o del citado Carl Mannheim, cuyas obras conocía perfectamente: mandan las ideas. Y cito:

*Tanto vale...decir: en tal fecha manda tal hombre, tal pueblo o tal grupo homogéneo de pueblos, como decir, predomina en el mundo tal sistema de opiniones, ideas, preferencias, aspiraciones, propósitos*⁷.

Las ideas son como las vías de tren que marcan la senda del pensamiento primero y de la acción más tarde. Lo desarrollará con gran brillantez en 1942 –superando en mucho a Mannheim– en *Ideas y creencias*, texto que no me canso de releer.

Cierto, las ideas mandan en los hombres, pero no necesariamente en la historia, y puede que Ortega no se hiciera la pregunta correcta. Pues –siguiendo a *Ideas y creencias*– la pregunta de quién manda en el mundo esconde una creencia, que predetermina la respuesta. El problema no es quien manda, el problema es si alguien manda en el mundo.

Efectivamente, cuando era joven y estudiaba sociología, me apasionaba el análisis de las élites del poder. Creía entonces, como la historiografía clásica, que la historia era el resultado de grandes hombres: reyes, caudillos, revolucionarios, capitanes de ejércitos o de la industria, marcando el paso a los mortales. Pronto comprendí, sin embargo, que las decisiones que toman esos grandes

⁶ ORTEGA Y GASSET, J., *Obras Completas*, 2005, Tomo IV, p. 462

⁷ *Op. cit.* p. 457.

hombres –que las toman–, suelen estar basadas en información deficiente, sin tiempo para analizarla, distorsionadas por las ideologías, y movidas por pasiones y sentimientos volubles. Hombres falibles, que toman decisiones erróneas e irreales, que se suman a otras igualmente erróneas e irreales de modo que, al final, lo que ocurre es una resultante, un subproducto, una suma caótica, lo que en sociología llamamos consecuencias no intencionadas de la acción. Nada nuevo por lo demás; es la base argumental de las tragedias griegas; Shakespeare lo sabía bien: la historia, como la vida, es *un cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que nada significa*. La Gran Guerra ejemplifica, casi en caricatura, un subproducto, una resultante que nadie quería. Pero la Segunda ejemplifica, casi en caricatura, que las ideas de algunos hombres que toman decisiones absurdas, basadas en ideologías y pasiones, mandan en el mundo.

De modo que volvamos a la pregunta. ¿Manda alguien?

Para responder necesitamos hacer un poco de historia.

LA EUROPEIZACIÓN DEL MUNDO

Hace algo más de 500 años Juan Sebastián Elcano zarpaba desde palos de Moguer en una flota de cinco barcos al mando del portugués Fernando de Magallanes en busca de una ruta hacia las Indias por el oeste, el mismo proyecto frustrado de Colón. Tres años más tarde y después de una hazaña épica en la que habían cruzado el Pacífico por vez primera (y lo habían nombrado así), diecisiete famélicos y moribundos marineros regresarían al mismo puerto, culminando así la primera vuelta al mundo. Fue, como creo recordar que dijo Maderia (pero no he podido encontrar la cita), fue una empresa europea, pues en esa flota había marineros portugueses y españoles, pero también franceses, alemanes, turcos, malteses e italianos, como Antonio Pigafetta, el cronista veneciano de la hazaña. Años antes, Vasco de Gama había cruzado el cabo que más tarde se llamará de Buena Esperanza.

Aquellas exploraciones ibéricas fueron el comienzo de la europeización del mundo, de lo que los historiadores han llamado la Era de Europa. Nadie como el gran historiador británico Arnold Toynbee lo ha expresado con mayor fuerza, y leo una larga cita que me fascina hace años:

Aquellos pioneros ibéricos, la vanguardia portuguesa alrededor de África hasta Goa, Malaca y Macao, y la vanguardia castellana cruzando el Atlántico hasta México y cruzando el Pacífico hasta Manila, prestaron un servicio sin parangón a la Cristiandad Occidental. Expandieron el horizonte y potencialmente el dominio de la sociedad que representaban, hasta que llegó a abrazar todas las tierras habitables y todos los mares navegables del globo. Debido...a esta ener-

*gía ibérica, la cristiandad occidental se ha desarrollado, como el grano de semilla de mostaza de la parábola, hasta llegar a ser la Gran Sociedad: un árbol bajo cuyas ramas todas las naciones de la Tierra han venido a cobijarse*⁸.

Y efectivamente, liderados por los *iberian pioneers*, los pioneros ibéricos, y durante al menos 350 años, todas las naciones se cobijaron bajo ese árbol, y la historia del mundo todo se ha escrito aquí en Europa, en Lisboa o El Escorial, en Londres, Ámsterdam, París o Berlín.

¿Por qué ocurrió así? ¿Pudo ser de otro modo? Por supuesto, y todavía no conozco respuesta convincente a la pregunta de por qué no fue China quien abrazó el mundo. Sabemos que pudo hacerlo.

Pero fue el Oeste y no el Este quien inició la expansión por el mundo, expansión movida por una curiosidad casi universal⁹ curiosidad que fue el caldo de cultivo de la ciencia moderna, sin duda el evento más importante de la historia de la humanidad después de la invención de la escritura. Pues sin ciencia no habría habido tecnología, y sin ella no hubiéramos tenido fábricas, ni sociedad industrial, ni la actual sociedad del conocimiento.

Es indiscutible que la Revolución Industrial fue el origen verdadero de lo que Pomerantz llaman la «Gran Divergencia» entre el Este y el Oeste, consolidando la superioridad europea¹⁰. Todavía en 1820 el PIB de China e India eran conjuntamente el 50% del mundial, varias veces el imperio británico. Pero para 1970 su PIB había descendido del 50% al 5%, mientras se disparaba el de Occidente¹¹.

Superioridad que explica que, en la Conferencia de Berlín de 1884, doce países europeos se repartieran toda África como si fuera un botín, dejando solo dos países independientes, Liberia y Etiopía. El resto eran colonias francesas, belgas, alemanas, británicas, holandesas o italianas (y un par españolas). A comienzos de la Gran Guerra, aproximadamente $\frac{3}{4}$ del territorio y la población del mundo, bien eran occidentales, bien estaban bajo soberanía de países europeos.

Aquellas fechas, comienzos del pasado siglo, fueron probablemente el momento de mayor expansión de Europa sobre el mundo.

Pronto comenzaría el reflujo.

⁸ TOYNBEE, A. J., *A Study of History*, Nueva York, 1947, p. 124 y 125.

⁹ Aconsejo leer la preciosa crónica de Pigafetta titulada *Primo Viaggio Intorno al Globo Terracqueo*. Su curiosidad es universal pues todo le interesa. El Instituto Elcano editó un ejemplar al que contribuí con un breve prólogo: <https://www.realinstitutoelcano.org/monografias/primo-viaggio-intorno-al-globo-terracqueo-la-expedicion-de-magallanes-elcano-1519-1522/>

¹⁰ POMERANTZ, K., *The Great Divergence*, Princeton University Press, Princeton, 2000.

¹¹ Los datos son de MADDISON, A., *The World Economy*, 2006, también en <http://www.ggdc.net/Maddison/>.

EL SUICIDIO DE EUROPA

Tres grandes países emergerían desde casi la nada para marcar el siglo xx con su impronta, y solo uno era europeo. Pues los Estados Unidos tras la Guerra Civil (1861-1865), Japón tras la Restauración Meiji (1866-1869), y Alemania tras la unificación de Bismarck (1871), iniciarán procesos de crecimiento económico espectaculares.

La Gran Guerra fue el primer intento de hacer sitio en el mapa mundial a esas tres nuevas potencias, intento infructuoso y baldío que alimentó, con una paz injusta y mezquina, la Segunda Guerra Mundial. Y el resultado de las dos guerras mundiales (guerras civiles de Europa, proyectadas a todo el mundo), iba a ser letal para la hegemonía europea. Con dos consecuencias que siguen vivas y marcan nuestro presente y, sin duda también, nuestro futuro.

La primera es la descolonización, de modo que, si en 1945 la ONU la formaban 50 Estados, hoy son 193, cuatro veces más. Los dos Estados africanos no colonizados de la conferencia de Berlín son hoy nada menos que 54. Nuevos Estados que nacen con resentimientos y reclamaciones históricas sobre los viejos imperios coloniales, y que buscan un lugar en el sol y una voz que hacer oír en el concierto mundial. Europa, Occidente, pierde presencia y poder; otros la ganan.

Pero más importante para nosotros es comprender que Europa, descolonizada, iba a ser ella misma colonizada.

Hoy sabemos bien que la guerra mundial la ganaron dos potencias extra-europeas, Estados Unidos y Rusia, por mucho que Inglaterra (o incluso Francia), trataran de apropiarse de la victoria. No es solo que Europa perdiera el control del destino del mundo, es que perdió el control de su propio destino que, desde 1945, pasó a depender de otras potencias extra-europeas. Y Europa quedó dividida en dos partes por un telón de acero, cada una bajo protectorado de uno de los vencedores, cumpliendo así la brillante profecía de Alexis de Tocqueville: media Europa vivió bajo «condiciones de libertad», y la otra media bajo «condiciones de servidumbre»¹². Y así continua, aunque las fronteras entre ambas hayan variado tras 1991. Y si la guerra de Ucrania ha explicitado algo es que la libertad en Europa sigue dependiendo del paraguas de seguridad que ofrecen los Estados Unidos (al menos la ofrecían).

De modo que, para 1950, no sólo el mundo había pasado a ser post-europeo; en cierto modo la misma Europa era extra-europea.

Hablemos pues de ese mundo post-europeo, que es el nuestro.

¹² TOCQUEVILLE, A. de, *De la Démocratie en Amérique*, Librairie Philosophique J. Vrin, París, 1990, p. 313-314.

LA GRAN TRANSFORMACIÓN

Exactamente el 16 de febrero de 1955 el gran historiador británico Geoffrey Barraclough pronunciaba en Liverpool una trascendental conferencia titulada *El fin de la historia europea*, en la que aseguraba que, tras pasar de la Era Mediterránea a la Era Atlántica, vemos ahora emerger una Era del Pacífico que nos fuerza pensar el mundo de otro modo. Ello no significa –continuaba Barraclough– *que la historia europea haya terminado*, por supuesto. Pero sí *que deja de tener significación histórica* y pasa a ser una *historia regional* más, ya no *la historia del mundo*¹³. Palabras no muy distintas de las que escribiría poco después el gran sociólogo Enrique Gómez Arboleya:

*Europa...al europeizar el resto del mundo, se va colocando como una individualidad entre otras individualidades*¹⁴.

Las décadas siguientes iban a confirmar esos pronósticos. Pues el suicidio de Europa y su dependencia de potencias extra-europeas durante la Guerra Fría solo fue la primera parte de la primera parte pues, tras ello, tenemos que asumir la emergencia del resto, la emergencia de los colonizados, de lo que hasta hace poco llamábamos el «tercer mundo». Pero una emergencia, como decía Gómez Arboleya, debido a la europeización del resto del mundo.

Efectivamente, entre 1945 y 1991 el mundo todo se organizó en tres tercios: el mundo libre bajo el paraguas de la OTAN y el liderazgo de los Estados Unidos; el mundo del socialismo/comunismo bajo el paraguas del Pacto de Varsovia y el liderazgo de la URSS; y finalmente, el llamado «tercer mundo», frecuentemente de países «no alineados» o con vinculaciones cambiantes con unos u otros. Pero los mundos primero y segundo se fusionaron tras la caída del telón de acero que escindía el mundo, y esa fusión (la globalización) ha impulsado y arrastrado el tercer mundo, de países «subdesarrollados» a países «emergentes» cuando no ya plenamente emergidos.

Y así, el 30 de abril del 2014, el *Financial Times* pudo publicar una singular noticia en portada, a cinco columnas, que no era la noticia del día o de la semana, ni siquiera del año, sino más bien del siglo: en ella anunciaba que ese mismo año la económica china, medida en paridad de poder adquisitivo (PPA), superaría la de Estados Unidos. Como así fue. Y recordaba el *Financial Times* que fue en 1872 cuando la economía norteamericana superó a la del Reino Unido, aunque tardaría todavía varias décadas en adquirir el rango de potencia hegemónica mundial. No basta la economía;

¹³ BARRACLOUGH, G., *History in a Changing World*, University of Oklahoma Press, Norman, 1956, p. 206 y 207.

¹⁴ GÓMEZ ARBOLEYA, E., «Posición y ámbito del problema de Europa», en *Teoría de la sociedad y del Estado*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1962, p. 556.

esta debe transformarse en poder. Es la historia de China en este comienzo de siglo xxi.

Por supuesto, no estamos ante una casualidad cíclica o volátil, sino ante el resultado de una tendencia clara. El área euro creció al 2,4%, 2,3% y 1,2% en las tres décadas que van de 1980 a 2010. Pero en el mismo periodo, y después de las reformas liberalizadoras de la economía de Deng Xiao Ping, China creció al 9,3%, 10,5% y 10,5%. La India creció a tasas del 3 o 3,5% y un crecimiento desbordado y absorbido por el de la población, hasta las reformas liberalizadoras de los años noventa, pero desde entonces ha estado creciendo incluso al 10%. Pero son solo dos casos muy destacados, anunciados o seguidos por el crecimiento del sudeste asiático primero y del África subsahariana las últimas décadas.

Estamos siendo testigos de una transformación social sin parangón desde la Revolución industrial, testigos de la tercera gran revolución política y económica del mundo tras las dos previas: la mal llamada Revolución del Neolítico, que trajo la agricultura la ganadería y las ciudades (mal llamada «revolución» pues fue una evolución que duró milenios), y la Revolución Industrial de los siglos xix y xx, que proyectó a Europa. Sólo que la actual, comparada con esta última, es mucho más extensa, más intensa, y más rápida que aquella, los tres parámetros con los que medimos el cambio social: extensión, profundidad y ritmo.

Es más extensa, pues aquella afectó a no más de un tercio de la población mundial, el espacio noratlántico, mientras esta afecta a todo el mundo, África incluida, y algunos de los países que crecen a mayor velocidad en estos últimos lustros son africanos. Es sobre todo mucho más intensa y profunda, pues altera más aspectos de la vida y afecta a más productos, procesos, creencias, hábitos o instituciones. Un dato muy a tener en cuenta: en 2007, la población urbana del mundo habría sobrepasado a la rural por vez primera en la historia de la humanidad, y el proceso urbanizador continúa acelerado. La ONU estima que para 2030 habrá no menos de cuarenta megaciudades de más de diez millones de habitantes, y hasta el 70% de la población del mundo será urbana en el 2050. ¿Quién conocía la ciudad de Wuhan, de más de once millones de habitantes, antes de que el COVID la hiciera famosa? Y la urbanización es muy importante pues sabemos que nada hace cambiar más la sociedad y las personas que pasar de vivir en una pequeña aldea o en un grupo de cazadores-recolectores-agricultores de sesenta o cien habitantes (como ha vivido el 99% de la humanidad el 99% de la historia) a vivir en una gran urbe. La consecuencia de esa revolución urbana es la llamada «cocacolonización» o «macdonaldización» del mundo: una convergencia de hábitos, costumbres, escenarios, modos de vestir, incluso gustos gastronómicos o musicales etc. La ciudad nos hace libres, decían los clásicos, pero también nos hace iguales. Mismos aeropuertos, oficinas, universidades, discotecas, calles, comercios, vestidos y un larguísimo etcétera de homogeneización.

Finalmente, la actual Gran Transformación del Mundo (si se me permite la expresión, que robo del libro clásico de Karl Polanyi¹⁵) es mucho más rápida que la Revolución industrial: comenzó al caer el Telón de Acero, y tardará no más de cuarenta o cincuenta años en completarse, mientras que la Revolución industrial tardó siglo o siglo y medio. El Reino Unido creció a tasas del 1 % anual durante el siglo XIX, e incluso Estados Unidos posteriormente crecía al 2 % o poco más. Pero China ha estado creciendo con tasas de dos dígitos casi treinta años, un ritmo desconocido en la historia (luego veremos por qué). Y la India crece actualmente al 6%.

Pues la pregunta inmediata es: ¿qué está causando este brutal cambio del panorama mundial, esa Gran Transformación? Por supuesto es un proceso multicausal, como siempre, aunque podemos resaltar dos causas que lo explican casi todo: una divergencia demográfica entre el este y el oeste, sobre la que se superpone una convergencia tecnológica del oeste sobre el este. Vale la pena detenerse un momento para analizarlas pues ambas causas continuarán marcando nuestro futuro aun varias décadas.

Demografía. Aseguran que Augusto Comte dijo que la demografía es el destino. No es cierto; no lo dijo jamás, pero *se non e vero è ben trovato*. La demografía es una variable que cambia cada día, lentamente, de modo que rara vez es noticia y suele ser menospreciada. No debemos hacerlo. Pues bien, en números redondos (para recordarlo) éramos unos 3.000 millones de habitantes en 1950, el año pasado superamos los 8.000, y seremos más de 9.000 para el año 2050, pasado mañana. En poco más de un siglo la población se habrá triplicado; un crecimiento brutal que pone a prueba los recursos naturales del planeta y nuestro ingenio para gestionarlos.

Pero tan importante o más es que, casi todo ese enorme crecimiento, se ha dado en el antes llamado «tercer mundo». Y así, si a mediados del pasado siglo –más o menos cuando yo nací– Europa era más del 20% de la población del mundo, hoy se aproxima al 7%. Y desciende. Asia es ya el 60% de la población mundial, de modo que hay seis asiáticos por cada europeo. Y en las próximas décadas África doblará su población para superar los 2.500 millones. China son 1.400 millones de habitantes, otros tantos la India, y otros tantos en África subsahariana.

Y hablamos de cantidad de población, no de calidad, pues la consecuencia del nulo crecimiento es el acelerado envejecimiento. La edad media en Europa está por encima de los cuarenta; en el norte de África está por debajo de los treinta y en el África subsahariana por debajo de los veinte.

¹⁵ POLANYI, K., *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Press, 2001 (e.o.1944).

Pero el tamaño poblacional cuenta, vaya si lo hace. Un país «normal» tiene entre diez y cien millones de habitantes; cuando pasamos de los trescientos como en Estados Unidos, hemos roto la «normalidad». Pero si hablamos de más de 1.400 millones estamos literalmente ante «objetos políticos no identificados», civilizaciones disfrazadas de Estado o «civilizaciones-Estado», como algunos chinos gustan de referirse a su país¹⁶. Cualquier país europeo es una provincia de China o India y muchos de ellos no llegan a ser una de sus inmensas ciudades.

Pero ese desequilibrio demográfico no tendría excesiva importancia si Occidente conservara el monopolio sobre la tecnociencia del que disfrutaba desde la Revolución científica del siglo XVII. Pero ya no es así y, en paralelo con la divergencia demográfica, se ha producido una profunda y rápida convergencia tecnológica.

La razón es sencilla: copiar es mucho más fácil que inventar. Lo segundo requiere tiempo, recursos y esfuerzo; lo primero es innato y los humanos llevamos milenios copiándonos pautas de comportamiento más eficaces, ya sea para cazar, pescar, cultivar la tierra, domesticar animales, o también para construir ciudades, ejércitos y Estados. Y seguimos haciéndolo. Los antropólogos tienen un nombre preciso para esa pauta de comportamiento: difusión. Y de eso se trata, de la difusión mundial de tecnologías de todo tipo, empezando por las sanitarias y médicas, que están detrás del giro poblacional que comentaba antes.

En 1986, y a partir de los datos históricos de Angus Maddison¹⁷, el economista americano William J. Baumol¹⁸ mostró cómo, entre 1870 y 1970, las economías euroamericanas (las del ya viejo G7) habían convergido hacia la de USA, hasta casi igualarse. Italia, Francia, Alemania, Japón, fueron copiando la tecnología del más avanzado, saltando en pocas décadas de la retaguardia a la vanguardia tecnológica, lo que les permitió crecer muy rápido y converger. Unos copiaron a los otros, y todos ganaron. Llegar el último tiene sus ventajas.

Pero Baumol añadía algo raramente valorado: por innovaciones entendía, no solo la tecnología y sus productos (el *hardware*; la máquina de vapor, el motor de combustión, o el Kalashnikov), sino también las buenas prácticas o las buenas políticas; el *software* cultural. Las instituciones, el Estado, la administración, el *rule of law*, la contabilidad de doble entrada, las hipotecas, etc. Unas y otras innovaciones son bienes públicos, disponibles para quien quiera hacer

¹⁶ ZHANG, W., *The China Wave: Rise of a Civilizational State*. World Century Publishing Corporation, 2011.

¹⁷ MADDISON, *The World Economy*, OECD, 2006.

¹⁸ BAUMOL, W. J., «Productivity Growth, Convergence and Welfare; What the Long-Run Data Show», *The American Economic Review*, 76, 5, 1986, p.1072 y ss.

uso de ellas. Y el resultado neto de esas transferencias de tecnología (dura o blanda) es una brusca mejora de la productividad de quienes las incorporan.

Efectivamente, el PIB de un país, su poder económico, es resultado de la productividad per cápita, multiplicado por el número de sus trabajadores. 1.400 millones de chinos necesitan baja productividad para producir más que 340 millones de americanos. Y así, incluso con productividades muy inferiores a la de los Estados Unidos, China es hoy una *low productivity superpower*, un superpoder de baja productividad. Pensemos en lo siguiente: bastaría con que la mitad de los trabajadores chinos alcanzaran la mitad de la productividad del trabajador americano para que el PIB agregado superara el de Estados Unidos. Se puede ser potencia con los pies de barro. Otro tanto ocurre con la India, que ha sobrepasado ya a Inglaterra y a Japón.

Pero si la productividad del trabajador crece, y tiende a homogeneizarse con el trabajador más productivo, la riqueza global de un país pasa (tendencialmente) a depender del volumen de la población. Si un país o región es el 7% de la población mundial, será cada vez más difícil que sea al tiempo el 30% o el 20% del PIB global, como eran los Estados Unidos o la UE hace pocas décadas. China ya ha alcanzado casi esa situación de equilibrio pues, siendo el 18% de la población mundial, es ya el 18% del PIB. En el extremo opuesto, la Unión Europea de los veintisiete genera actualmente el 15% del PIB, pero se estima que será menos del 9% para 2050. Para entonces, solo los Estados Unidos (y quizás China) serán capaces de generar un porcentaje del PIB mundial claramente superior al que representa su población.

Pero el proceso no termina ahí. Las potencias económicas tienen mucho poder político. Hu Jintao o Xi Jinping, se han paseado por el mundo con la chequera bajo el brazo, comprando (o no), el cobre, la soja, el petróleo, etc. y concediendo (o no) préstamos y subvenciones para construir carreteras, ferrocarriles o puertos. Y a las cumbres africanas de Beijing (ojo, de Beijing, no de Washington o Bruselas), acuden atropellados los cincuenta jefes de estado africanos, una y otra vez. China es el primer socio comercial del mundo, sobrepasando a los Estados Unidos.

Pero sigamos pues, tanto China como ahora la India, importan materias primas de todo el mundo que, transformadas en mercancías, exportan a todo el mundo. Inmensos países, creciendo a ritmos superiores al 5%, son inmensas aspiradoras de todo tipo de recursos. Pues bien, el 80% de esas importaciones o exportaciones circulan por mar, de modo que no pueden permitir que esas rutas (y sus estrechos, pensemos en Malaca) caigan en manos enemigas, de modo que construyen armadas oceánicas (*blue water armies*) que, a su vez, necesitan bases navales para su logística en el Océano Indico. Nada nuevo tampoco: lo mismo que hicieron España y Portugal en el XVI y XVII, luego Francia, luego el Reino Unido, y ahora los EE.UU.

Y se cierra el ciclo: las potencias demográficas devienen economías potentes, con gran poder político y, crecientemente, potencias militares.

La manifiesta superioridad económica de Occidente, base de su superioridad militar y geopolítica, está siendo erosionada por el efecto conjunto de la divergencia poblacional y la convergencia tecnológica. Declive relativo, desde luego, pero declive, pues la economía no es el poder.

ECONOMÍA Y PODER

Efectivamente, la economía es un juego de suma positivo; todos podemos ganar o perder al tiempo. Y las últimas décadas, hasta la Gran Recesión del 2008, hemos presenciado un notable progreso. Los datos lo avalan. La esperanza de vida se ha doblado; la democracia y la libertad se ha extendido a numerosos países; la pobreza ha descendido; la clase media ha crecido; la educación se ha generalizado. Y aunque la desigualdad dentro de los países (ricos o pobres) ha crecido, ha decrecido cuando se mide en el mundo en su conjunto¹⁹. Todos hemos ganado, aunque unos más que otros, y no debemos olvidar que hay aún más de 800 millones de malnutridos, es decir, de hambrientos, una obscenidad que podríamos y deberíamos resolver, pero que no lo hacemos.

Pero el poder –como recordaba el mismo Ortega– es una relación, un juego de suma cero, agónico, de modo que, si uno gana poder, los demás lo pierden relativamente. Y la emergencia de nuevos poderes en el mundo erosiona el poder relativo de Occidente en la misma medida. No estamos ante una decadencia absoluta, y menos ante un «hundimiento» como pronosticó Spengler. Pero sí ante una clara pérdida de hegemonía cuyo cenit fueron quizás los «rugientes» o «gloriosos» años 90.

Clara, pero matizada, y el demonio esté en los detalles.

Se habla mucho de un mundo multipolar pues, a los polos ya citados, USA y China, se añaden India, Rusia, o Irán, Brasil, Arabia Saudita, Turquía, y otros. Pero para ser realmente multipolar haría falta una distribución con al menos tres o más polos de peso parecido. Y no es el caso. USA tiene un PIB superior a los 25 billones de dólares y China ha superado los 18. Pero el tercero es Japón, con poco más de 4 y, por ejemplo, el PIB de Rusia, 2,1 billones, es

¹⁹ Véase, por ejemplo, MILANOVIC, B. «The Great Convergence. Global Equality and Its Discontents», *Foreign Affairs*, julio-agosto, 2023. También, WALDENSTROM, D., «The Inequality Myth. Western Societies Are Growing More Equal, Not Less», *Foreign Affairs*, mayo 2025.

parecido al de Italia. A falta de un tercer polo la cacareada multipolaridad acaba siendo bipolaridad.

Y por ello China se prepara para retar a los Estados Unidos, país que ha abandonado la voluntad de ser policía del mundo, y el vector de sus relaciones reciprocas articula las relaciones internacionales en la llamada «trampa de Tucídides»: el juego agónico entre una potencia ascendente y otra descendente, y la tentación de la última de hacer una guerra preventiva, antes de ser sobrepasada. Sin duda es la tensión esencial que determina todo el escenario internacional, como vemos a diario. Y es casi la única cuestión en que demócratas y republicanos americanos coinciden. Graham Allison ha analizado docena y media de casos históricos de «trampa de Tucídides». Pues bien, en la mayoría de esos casos la «trampa» condujo a la guerra²⁰.

Tengo razones para creer que tal cosa no va a ocurrir. Pues si la multipolaridad es una exageración, también lo es la bipolaridad. Un dato clave: Estados Unidos gasta en defensa tres veces más que China: 900.000 millones de dólares frente a 300.000. De modo que, por fortuna para nosotros, la bipolaridad tampoco es real, y podemos hablar –como hacen los expertos de *Foreign Affairs*– de una unipolaridad parcial o al menos de una «bipolaridad asimétrica»²¹. Pues los activos de ese enorme país que son los Estados Unidos son simplemente colosales. Hagamos un breve repaso.

Por territorio USA es –junto a China o Canadá–, el segundo del mundo pero, a diferencia de estos, tiene la cuenca fluvial más grande y fértil tras el Amazonas y el Congo: la del Misisipi-Misuri-Ohio, cuenca navegable que articula internamente todo el país. Su posición geográfica, con costas al Atlántico y el Pacífico, es casi única, y hace de él una fortaleza estratégica, imposible de invadir, pero, al contrario, le facilita ser «el» imperio marítimo por antonomasia, con unas 750 bases militares en más de 80 países. Tiene una demografía sana, la tercera del mundo (sólo superado por India y China) y conserva la capacidad, no ya de integrar, sino de «asimilar» a sus numerosos emigrantes, algo impensable en Europa. Goza del «privilegio exorbitante» (V. Giscard D'Estaing) que le da el dólar como moneda universal, y por PIB –ya lo vimos– es el primero del mundo, nada menos que el 25 % total. Y es muy rico: 85.000\$ de renta *per capita*, tanto que el salario medio de Gran Bretaña o Alemania estarían por debajo de Misisipi, el estado más pobre de la unión²². Goza de una influencia cultural inmensa con el inglés como *lingua franca*

²⁰ ALLISON, G. T., *Destined for War: Can America and China Escape Thucydides's Trap?* Houghton Mifflin Harcourt, Boston, 2017.

²¹ BROOKS, S. G., & WOHLFORTH, W. C. «The Myth of Multipolarity: American Power's Staying Power» *Foreign Affairs*, 2023, 102(3).

²² YANATMA, S., «Poorest US state rivals Germany: GDP per capita in US and Europe», *Euronews*, 3 de enero de 2025; «Ranked: U. S. States vs. G7 Countries by GDP per Capita», *Visual Capitalist*, 20 de noviembre de 2024; Derek Thompson, «Is Mississippi Really as Poor as Britain?», *The Atlantic*, 2023

del mundo y la industria del entretenimiento global. En I+D invierte el 32% del mundo –más que China– con el resultado de que casi el 50% de los premios Nóbel, 17 de las 20 mejores universidades, y ocho de las diez mayores empresas tecnológicas, son americanos. Por si faltaba algo, con la invención del *fracking* ha alcanzado la autosuficiencia energética y hoy produce más petróleo que Arabia Saudita y más gas que Rusia, y exporta más que importa energía. No necesito reiterar que su poder duro, poder militar, es superior al del resto del mundo combinado; ningún enemigo o alianza de enemigos es un riesgo serio, pues puede ganar cualquier guerra convencional (simétrica) en cualquier escenario con unas fuerzas armadas perfectamente entrenada y experimentadas. Cuando vea portaviones chinos patrullando por las costas de California, como los hay americanos en el Mar de la China, entonces crearé en la bipolaridad.

Cierto, ya no se puede decir que «nada se puede hacer sin los Estados Unidos», pero sigue siendo cierto que poco se puede hacer contra ellos y siguen siendo la «nación indispensable» (Madeleine Albright) aunque con el presidente Trump pretende replegarse sobre su hemisferio.

Pero si USA ya no quiere mandar y China aun no puede, ¿manda Rusia? Rusia es una potencia «regional» y no global, como dijo Obama para gran enfado de Putin aunque, desgraciadamente, en nuestra región. Una demografía desastrosa, incapaz de ocupar su gigantesco territorio, una economía de monocultivo del petróleo y el gas que alimenta una «cleptocracia petrolera», como la llamo Noam Chomsky (con quien coincido, al menos una vez)²³. Un Estado que ha quedado reducido a un servicio de inteligencia, el GRU. Una enorme pobreza, una desigualdad brutal, y un ejército cuya deplorable calidad hemos podido apreciar estos años. Rusia, tras el fracaso de la guerra de Ucrania (que lo es, en todo caso), está deslizándose a ser un país vasallo de China, del que depende cada vez más²⁴.

En términos de poder duro, no hay duda de quien manda, siempre que desee hacerlo. Pero Ortega tenía razón, mandan las ideas, son las ideas quienes guían a los portaviones o los misiles a su destino, así que volvamos a ellas.

²³ Entrevista en *Otras Voces en Educación*, marzo de 2022.

²⁴ Un dato: Rusia tiene un solo portaviones, el «almirante Kuznetsov», de poco más de 40.000 toneladas, movido por diésel de baja calidad (el mazut), que deja una polución visible en kilómetros (que, por cierto, los necesita para poder virar), a comparar con los 25 portaviones americanos, diez de ellos nucleares de 90 o 100.000 toneladas cada uno. Por cierto, el almirante Kuznetsov, que fue construido en Ucrania, lleva en reparación más de diez años, y su portaviones gemelo, el Varyg, lo vendió Ucrania a China (el Liaoning). China dispone ahora de otros dos más, tres en total: el Shandong, construido íntegramente en China y que entró en servicio en 2019; y el Fujian, lanzado en 2022, se encuentra en pruebas de mar y se espera que entre en servicio en 2025.

DEMOCRACIA, MERCADO, CIENCIA

A mediados del pasado siglo Toynbee señalaba que

*los historiadores futuros dirán [...] que el gran suceso del siglo xx fue el impacto de la civilización occidental sobre todas las restantes sociedades...y el mundo*²⁵.

Y años más tarde añadía:

*no ha sido el Occidente quien ha sido golpeado por el mundo; ha sido el mundo quien ha sido golpeado, y golpeado con fuerza, por Occidente*²⁶.

Es importante entender el alcance de esa penetración occidental, de esa «golpiza», más allá de su decreciente peso geopolítico. Pues no estamos ante una confrontación de civilizaciones –como argumentó Huntington y, paradójicamente, quienes abogan, *a sensu contrario*, por una Alianza de Civilizaciones–. Pues si el mundo ha emergido contra la hegemonía de Occidente, lo ha hecho gracias a haberse occidentalizado y europeizado, copiando, no solo su tecnología, sino también su software institucional.

Recientemente tres economistas (que, por cierto, hacen sociología, y muy buena; Acemoğlu, Johnson y Robinson), han recibido el premio Nobel por haber redescubierto que son las instituciones la causa de la prosperidad de las naciones²⁷. Pues bien, si indagamos cuáles son las instituciones dominantes en el mundo moderno, los vectores de su progreso, encontramos tres, una política, otra económica y una tercera cultural, que son otras tantas aportaciones de Europa y Occidente a una emergente civilización mundial.

Efectivamente, siguiendo una tipología clásica, puede decirse que toda sociedad contiene tres dimensiones fundamentales: un sistema de regulación política (*ad intra*), un sistema económico de intercambio con el entorno y de producción (*ad extra*), y una cosmovisión que orienta simbólicamente la vida social. Pues bien, en la modernidad avanzada, estas dimensiones se encarnan en la democracia representativa, el mercado capitalista y la ciencia empírica, respectivamente. Cuyo origen histórico se encuentra en el proceso de secularización europeo que permitió el tránsito de la libertad religiosa a la libertad de conciencia, y de esta a la libertad de expresión²⁸. Desarrollo que sentó las bases para la constitución de una esfera pública pluralista, condición

²⁵ TOYNBEE, A. J., *Civilization on Trial*, Meriden Books, Nueva York, 1945, p. 189.

²⁶ TOYNBEE, A. J., *The World and the West*, Meriden Books, Nueva York, 1952, prefacio y p. 235.

²⁷ ACEMOGLU, D., & ROBINSON, J. A., *Por qué fracasan los países: Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, Deusto, 2012. ACEMOGLU, D., & JOHNSON, S., *Poder y progreso: Nuestra lucha de mil años por la tecnología y la prosperidad*, Deusto, 2023.

²⁸ TAYLOR, C., *A Secular Age*, Cambridge, Harvard University Press, 2007.

indispensable para el surgimiento, tanto de la ciencia, como de la democracia liberal y del mercado.

La primera en extenderse ha sido, sin duda, la economía de mercado, de lo que, cuando yo era joven, llamábamos modo de producción capitalista. Ya nadie cita a Marx ni se usa la palabra capitalismo e incluso se ha hablado de «post-capitalismo» (lo hizo Peter Drucker, el llamado «padre del management»)²⁹. Nada más falso, pues precisamente estamos ante la generalización del modo de producción capitalista, hoy re-etiquetado como «economía de mercado». Y fue el propio Marx quien habló con entusiasmo de la gran «influencia civilizadora del capital», que arrasa particularismos, aldeanismos y tradiciones para imponer la modernidad y el progreso³⁰ (Una de las mejores predicciones del actual proceso globalizador la podemos encontrar nada menos que en el *Manifiesto del Partido Comunista*).

Marx acertó en sus previsiones, aunque no en sus propuestas, pues no ha sido el control público de los medios de producción, sino la liberalización, la causa del crecimiento. El máximo de propiedad pública de medios de producción se dio en la segunda posguerra con nacionalizaciones en Asia, América Latina y Europa (el laborismo británico y la Francia de Mitterrand, por ejemplo). El resultado fue catastrófico, y en los años noventa se inició el proceso privatizador, que ha abarcado más de cien países. China crece porque con Deng Xiao Ping liberalizó su economía, no porque sea un Estado totalitario. Otro tanto ocurre con la India; crece en tanto que ha abandonado una economía estatalizada y soviética, y fueron las reformas liberalizadoras de Mohamed Singh en 1991 las que permitieron su actual desarrollo.

La consecuencia es que, cuando se indagaba el grado de apoyo que tiene la economía de mercado –como hizo el Pew Research Center en el 2003, y para sorpresa de no pocos, eran los países emergentes los que lo apoyaban claramente, mientras el recelo crecía en no pocas economías de mercado clásicas. En Vietnam, Corea del Sur, China, Bangladesh, Gana, Kenia o Tanzania, el apoyo era hasta treinta puntos superior al existente en Italia, Francia, Grecia, España, e incluso Japón³¹. Y es lógico, pues eran los grandes beneficiarios del

²⁹ DRUCKER, P. F., *Post-Capitalist Society*, New York, HarperBusiness, 1993.

³⁰ *El capital* –dice Marx– *pasa por encima de las barreras y perjuicios nacionales, así como sobre la divinización de la naturaleza, liquida la satisfacción tradicional, encerrada dentro de determinados límites y pagada de sí misma, de las necesidades existentes y de la reproducción del viejo modo de vida. Opera destructivamente contra todo esto, es constantemente revolucionaria, derriba todas las barreras que obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas, la ampliación de las necesidades, la diversidad de la producción y la explotación e intercambio de las fuerzas naturales y espirituales. De ahí lo que denomina «gran influencia civilizadora del capital», es decir, la producción de un nivel de la sociedad frente al cual todos los anteriores aparecen como desarrollos meramente locales de la humanidad y como una idolatría de la naturaleza. ¿No está describiendo la globalización? Véase MARX, K., *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971, tomo I, 1972, p. 363.*

³¹ Pew Research Center. (2003, 3 de junio). *Chapter 6. Social and Economic Values*. En *Views of a Changing World 2003*. <https://www.pewresearch.org/global/2003/06/03/chapter-6-social-and-economic-values/>

proceso globalizador mientras que este ha perjudicado a no pocas de las economías del área OCDE.

Cuando retornamos a una era de fuertes nacionalizaciones y proteccionismo comercial, no sobra recordar que fue la tendencia contraria la que trajo prosperidad, y que fue su rechazo lo que se tradujo en miseria en países como Corea del Norte, Cuba, Venezuela o Nicaragua, está haciéndolo con Rusia, y corre el riesgo de hacerlo con la misma USA. Un modelo económico liberal que no confronta alternativa alguna incluso en estos momentos de manifiesta y seria crisis regulatoria. ¿Quién cree hoy en economías centralizadas, planes quinquenales o similares? Al parecer, solo algunos profesores o políticos occidentales despistados.

Pero la libertad económica no da todos sus frutos si no va acompañada de la libertad política. Y, desde luego, la democratización de los años noventa –la «tercera ola» democratizadora, como la denominó el mismo Huntington³²–, que ha traído libertad a numerosos países, es otro de los aportes de Occidente al mundo moderno. Un legado que tiene mucho que ver con el del cristianismo, y no es casualidad que no haya democracia en el espacio del Islam, ni tampoco en los del hinduismo, budismo o confucianismo³³.

Hablamos no ya de la forma Estado –generalizada a todo el mundo como modelo de arquitectura política, también sin alternativa pues la estatización del mundo es ya total–, sino del Estado democrático y liberal como forma política dominante, que hoy tampoco confronta legitimidad alternativa y que, desde 1989, ha hecho progresos considerables expandiéndose por Europa del sur y del este, América Latina, Asia e incluso África (con la muy importante excepción del mundo islámico). Y aunque lleva ya más de una década de retroceso, casi la mitad de la población del mundo vive bajo regímenes democráticos y poco más de media docena de países del mundo se autodefinen como no democráticos; todos los demás dicen serlo, pues se trata del único discurso que proporciona legitimidad.

Debe preocuparnos mucho el menosprecio a la democracia que vemos aflorar los tres últimos lustros, incluso en el mismo Occidente, un proceso de «autocratización» más que democratización. Pero el pasado año 2024, no menos de 70 países, con una población de más de 4.000 millones, han celebrado elecciones generales. Más de medio mundo votando. En general –informa *The Economist*– con una sólida participación electoral y violencia limitadas, y sobre todo con una victoria de la oposición en más de la mitad de esas elecciones. No fueron *fake*.

³² HUNTINGTON, S., *La Tercera Ola. La democratización a finales del siglo xx*, Paidós, Barcelona, 1994.

³³ Véase POSSENTI, V., *Estado, democracia y cuestión religiosa*, Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid, 2019.

Cierto que disponemos de no pocos ejemplos de países autoritarios con fuertes crecimientos económicos, ya sean dictaduras de derecha (el Chile de Pinochet, o, antes, la España de Franco) o de izquierda (la China actual). Pero no sin ser, al menos, Estados de Derecho (a veces no democráticos) que garantizan el *rule of law*, la seguridad jurídica y el control de la corrupción. Y a largo plazo, solo la democracia asegura el control de la corrupción, uno de los grandes problemas de China o Rusia, por ejemplo.

Pero la invención y el legado occidental que puede ser más importante en el futuro es la cultural, pero una cultura basada en el diálogo racional y la prueba empírica, es decir, basada en la ciencia. Y recordemos que para Ortega y Gasset Europa era eso: «Europa es ciencia», afirma rotundamente en las *Meditaciones del Quijote* (1914).

A comienzos del pasado siglo el sociólogo americano Thorstein Veblen, publicó un brillante ensayo sobre *El lugar de la ciencia en la civilización moderna* en el que –adelantándose a Habermas– señalaba que *ningún otro ideal cultural ocupa un lugar indiscutible similar en las convicciones de la humanidad civilizada*. Para afirmar con énfasis: *Quasi lignum vitae in paradiso Dei, et quasi lucerna fulgoris in domo Domini*, (Como una luz vital en el paraíso de Dios, y como lámpara en la casa del Señor) tal es el lugar de la ciencia en la civilización moderna. La verdad científica solo puede ser discutida con más y mejor ciencia. *La ciencia* –concluía Veblen con rotundidad– *da su carácter a la cultura moderna*³⁴. Tenía razón, y la ciencia permea la sociedad moderna y es el motor más fuerte del cambio social. Pero hoy la ciencia ha dejado de ser occidental y se aprende y se practica no solo en Boston o Cambridge, sino en Tokio, Beijing o Bombay, penetrando toda la vida social y económica.

Lo hace a través de sus productos, que impregnan todas las sociedades y las occidentaliza. El ordenador, el teléfono móvil, los automóviles, el GPS, las tecnologías médicas o agrícolas, y tantos otros cachivaches que se nos cuelan en los bolsillos, o nos llevan, o nos y rodean, todo ello induce prácticas y hábitos similares, y occidentaliza. Vectores de una poderosa «macdonaldización» del mundo, de una homogeneización de hábitos y prácticas, que tiene en las grandes metrópolis su caldo de cultivo difundiendo hábitats occidentales³⁵. Todo ello homogeneiza y occidentaliza al tiempo que, paradójicamente, los mismos productos se desvinculan de su origen, se desoccidentalizan. Pues ¿son occi-

³⁴ Publicado en 1906, «The Place of Science in Modern Civilization», en *American Journal of Sociology*, XI (1906), p. 585-609. Ampliado más tarde con otros estudios en 1919, *The Place of Science in Modern Civilization and Other Essays*, Huesbsch, Nueva York, 1919. Finalmente traducido por Maragarita Barañano con una interesante introducción, «Thorstein Veblen: un alegato en favor de la ciencia», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 61 (1993), p. 201, por donde lo citamos. No otra cosa afirma Habermas: la ciencia ha desplazado las otras formas de legitimación del saber (Véase, *Conocimiento e interés*. Taurus, Madrid, 1982).

³⁵ RITZER, G., *The McDonaldization of Society: An Investigation into the Changing Character of Contemporary Social Life*. Pine Forge Press, 1993.

dentales los rascacielos, los aeropuertos, los centros comerciales, los pantalones vaqueros, las Adidas? Lo fueron, pero ya no.

Mas importante aún es entender la tecnociencia como *software*, es decir, como *manière à penser*, que decía Durkheim, como hábito de pensamiento, como cultura dominante, según lo percibió Veblen. No olvidemos que la ciencia es el único lenguaje que se traduce a cualquier idioma sin pérdida significativa de información, es el único lenguaje universal. Y por ello se enseña, se aprende y se practica en todas las escuelas y universidades del mundo, un aprendizaje que induce hábitos de pensamiento que se vuelven irreflexivos y se trasladan de un escenario a otro. Pues quien aprende a pensar en términos lógico-analíticos para abordar una cuestión técnica (cómo hacer una carretera o curar un enfermo, por ejemplo), no podrá no usar lógicas similares en otros ámbitos y, en última instancia, en su vida cotidiana, dando lugar a una profunda racionalización del comportamiento.

Y como lo hace –en tercer lugar–, la ciencia entendida en su dimensión social (como señalaba Baumol), un sofisticado sistema de auto-observación imprescindible para la gestión de sociedades complejas. Sociedades que, al observarse y reflexionar sobre sí mismas, se cambian y se reforman rutinariamente³⁶. Las pautas de difusión cultural del estribo hace siglos, o del motor de combustión hace poco, no son esencialmente distintas de las que afectan a la contabilidad, los registros de propiedad o actualmente las TIC y la IA. Tecnologías sociales, que son al tiempo programas culturales. Y, sin duda, el Derecho formal es una de las más importantes; los numerosos boletines oficiales del Estado son hoy los más avanzados instrumentos de ingeniería social, regulando incluso nimiedades de la vida social. El modo cómo Japón o Turquía incorporaron el Derecho europeo es un ejemplo de ello, que ya se ha extendido a todos los países del mundo.

Así pues, terminamos con una triada institucional esencial: democracia, mercado y ciencia. Y es esencial entender que no se trata de tres piezas independientes que pueden o no darse juntas (como tiende a pensarse), sino más bien los tres lados del mismo triángulo institucional, en cuyo centro se ubica la libertad del individuo, el ciudadano, de modo que cada lado refuerza los otros dos. Para comenzar, la libertad de pensar y de expresar opiniones –libertad de conciencia–, que fue históricamente la raíz de todas las demás libertades con la reforma protestante, y cuya expresión más articulada es la ciencia. En segundo lugar, la libertad para producir o para consumir, libertad de mercado. Finalmente, la libertad para elegir (y ser elegido) a quien ocupará el poder, la libertad democrática. Tres expresiones de la soberanía del individuo (del ciudadano), que dan origen a tres mercados isomorfos perfectamente identificables.

³⁶ Véase mi libro *La sociedad reflexiva*, CIS, Madrid, 1990.

Instituciones que están vinculadas también a nivel macro pues no hay democracia sin mercado, pero sin democracia, el mercado es corrupción y cleptocracia. Y no hay ciencia sin democracia como se puso de manifiesto con el fracaso de la «ciencia» soviética. Robert K. Merton describió el *ethos* democrático de la ciencia moderna mediante cuatro principios: universalismo, comunitarismo, desinterés y escepticismo organizado³⁷. Todos estos presupuestos requieren de una sociedad abierta y plural, donde los debates puedan desarrollarse sin coerción y donde la validación del conocimiento no dependa de jerarquías externas. Por ello, no es nada probable que China supere en innovación científica a los países libres. La ciencia necesita libertad intelectual (para proponer hipótesis, criticar teorías o desviarse de paradigmas dominantes), libre circulación del conocimiento (colaboración internacional, publicación abierta, revisión por pares) y, sobre todo, capacidad de fracasar sin represión (el ensayo-error es parte del proceso científico). Y China carece de todo ello.

Son, finalmente, tres vectores institucionales que se refuerzan unos a otros, pues la mezcla de mercado y democracia da lugar a los órdenes liberales modernos, y la fusión de mercado y ciencia ha generado la moderna economía del conocimiento que comenzó, justamente, con el Complejo Militar Industrial americano de la posguerra, una potente fusión entre las exigencias de seguridad de la democracia americana, las empresas de alta tecnología, y los laboratorios de investigación de las universidades de vanguardia.

El análisis de la modernidad avanzada exige reconocer el entrelazamiento estructural entre democracia, mercado y ciencia como componentes co-dependientes de un mismo sistema de autorregulación social, producción de bienes y generación de conocimiento. La comprensión de sus vínculos permite, no solo una mejor interpretación de los procesos de globalización y occidentalización, sino también una reflexión crítica sobre los riesgos actuales: el debilitamiento de la institucionalidad democrática, la mercantilización sin regulación ética, y la deslegitimación de la autoridad científica. Frente a estas amenazas, el triángulo institucional descrito no constituye solo una herramienta analítica, sino también una propuesta normativa que articula libertad política, eficiencia económica y racionalidad epistémica. Y la expansión de estas instituciones más allá de su cuna occidental no responde exclusivamente a procesos de colonización cultural, sino también a su eficacia funcional.

Democracia, mercado y ciencia van de la mano, y son hoy tres grandes vectores de la mundialización y la gran aportación de Occidente y Europa al mundo tanto que, en alguna ocasión, he aludido a ellas como el *acquis occiden-*

³⁷ MERTON, R. K., *The Sociology of Science: Theoretical and Empirical Investigations*, Chicago, University of Chicago Press, 1973.

tale (por comparación con el *acquis communautaire*), una aportación civilizadora de alcance histórico universal, como lo hubiera denominado Max Weber.

No debemos menospreciar tampoco el impacto del arte occidental en las formas y contenidos artísticos dominantes hoy en el mundo, ya sea en la música, la novela, la plástica, o el simple diseño, un impacto que contribuye a la educación de la sensibilidad, sin duda la socialización primigenia y más profunda. Pero se trata de un espacio donde el mestizaje ha sido más marcado –por supuesto en ambas direcciones, y desde hace varios siglos–, un mestizaje que no existe en los órdenes institucionales antes mencionados. Aunque también ahora la hibridación ha sido claramente asimétrica pues también en el espacio del arte, sería fácil mostrar que Occidente ha dado más de lo que recibe.

LA OCCIDENTALIZACIÓN DEL MUNDO

Y termino o, al menos, comienzo a terminar.

Podemos dudar de la existencia de una civilización occidental, como hizo Gandhi con ironía: *¿Que qué opino de la civilización occidental?* –preguntaba un periodista, a lo que respondió–. *Es una buena idea*³⁸. Pues bien, esa buena idea se ha materializado en órdenes institucionales que han hecho progresar el mundo de modo impresionante. Sin duda, Occidente desaparecerá y su historia ya ha dejado de ser *la* historia del mundo. Pero su legado es civilización mundial, y no es fácil que desaparezca. El sociólogo francés Gilles Lipovetsky se pregunta: *¿Eclipse del eurocentrismo significa des-occidentalización del planeta?* A lo que responde:

Miremos donde miremos, modernizarse es, todavía... occidentalizarse, es decir, transformarse y reestructurarse de acuerdo con núcleos fundamentales de la cultura-mundo que proceden de Europa.

Y añade:

*¿Acaso vemos mestizaje en el funcionamiento financiero, en el trabajo científico, en el universo técnico, en las prácticas médicas? Por el contrario, el intercambio es desigual y ningún pueblo, ninguna nación está fuera de la dinámica de Occidente y de su labor des-tradicionalizadora*³⁹.

³⁸ Citado por FERNÁNDEZ-ARMESTO, F., «A European Civilization: is there any such thing?», *European Review*, 10, 2002.

³⁹ LIPOVETSKY, G., y JUVIN, H., *El Occidente globalizado*, Anagrama, Barcelona, 2010, p. 96 y 98.

Marx y Toynbee tenían razón: el mundo golpeado, y golpeado con fuerza, por Occidente. También moralmente, pues esa triada institucional está traspasada de valores. Y cuando se pone de moda dudar del progreso moral y culpar al monigote del «hombre blanco, occidental y heterosexual» de todos los males, no está de más recordar que fue ese monigote quien acabó con la esclavitud en el mundo, fue ese monigote quien inventó los derechos humanos, y está siendo ese monigote quien le devuelve a la mujer su dignidad, brutalmente pisoteada en muchos países.

Así pues, «Occidente» no es ya una designación geográfica, ni menos una identidad étnica, cultural o religiosa. Es un constructo histórico-institucional, una tradición civilizatoria que, a lo largo de los siglos, ha dado lugar a un sistema de pensamiento y de organización social basado en los tres pilares descritos. Un modelo que, más allá de sus orígenes, se ha proyectado al mundo con vocación universal de modo que países tan diversos como Japón, Corea del Sur, Taiwán, Indonesia, o incluso la India, Mongolia, Ghana, Botsuana o África del Sur, pueden considerarse parte de Occidente por haber adoptado su «software institucional». Occidente ha dejado de ser «un lugar» para ser un sistema de ideas, prácticas y valores que, institucionalizados, han moldeado la modernidad generando el mayor ciclo de libertad, prosperidad y conocimiento que haya conocido la humanidad⁴⁰.

Un éxito que Europa, la UE, exhibe, y que debo enfatizar. Pues jamás en la historia de la humanidad, tanta gente, y durante tanto tiempo, ha gozado (hemos gozado) de tanta paz y seguridad, de tanta libertad, y de tanta prosperidad, todo lo que una persona madura puede pedir de un sistema político. Todos los europeos vivos hemos disfrutado de uno de los periodos más brillantes de la historia humana; es difícil encontrar algo comparable. Y cuidado con pretender arreglar lo que tan bien ha funcionado.

Pero los 1.400 millones de chinos no van a desaparecer. Tampoco los 1.400 millones de indios o de subsaharianos. Sólo desean una prosperidad parecida a la nuestra. Si somos capaces de generarla, tendremos paz. Si no, la presión sobre Occidente será brutal. Pues, no nos engañemos, ¿quién desea emigrar a Rusia o a China, a Venezuela, a Cuba, a Irán? ¿Y quién no desea emigrar a USA o a la UE? La población del mundo vota con los pies.

Esta es mi primera conclusión. Occidente no tiene alternativa a proporcionar prosperidad a las masas de hombres y mujeres que la buscan desesperadamente. Pues si no lo hacen allí, la buscaran aquí.

⁴⁰ Incluso de seguridad, pues la violencia ha disminuido notablemente. Véase PINKER, S. *The Better Angels of Our Nature*, Viking Books, 2011.

Mi segunda conclusión afecta a Europa. Comenzaba señalando que, desde 1945, Europa dejó de hegemonizar la historia del mundo. Pues bien, la cuestión ahora para nosotros europeos es si, en el futuro, seremos capaces de escribir nuestra propia historia, o vamos a dejar que la escriban otros, como les ocurrió a ellos antes. Para evitar ese triste destino, volvamos a Ortega. Y cito:

Los círculos que hasta ahora se han llamado naciones llegaron hace un siglo o poco menos a su máxima expansión. Ya no puede hacerse nada con ellos, si no es trascenderlos. Ya no son sino pasado... Cada nación, que antes era la gran atmósfera abierta...se ha vuelto provincia e «interior».

Para concluir:

*Solo la decisión de construir una gran nación con el grupo de los pueblos continentales volvería a entonar la pulsación de Europa*⁴¹.

Ese gran proyecto es lo que llama «la super nación europea», que supera las naciones, hoy ya provincializadas.

Pero en el verano del 2021 abandonamos Afganistán a la crueldad de unos barbaros salvajes, que incluso esclavizan brutalmente a sus mujeres, es decir, a sus mismas madres, hermanas, esposas e hijas, algo difícil de comprender. Con ello, no solo mostramos una despreciable indiferencia hacia su destino, si no, lo que es peor, el deseo ilusorio de replegar la civilización sobre sí misma para generar una suerte de parque temático Occidental blindando nuestras fronteras a la amenaza exterior, como pretende Trump.

Pero ese maravilloso «parque temático» que es hoy Europa, –tan «libre y feliz como Suiza», que soñó Churchill–, aparece cada vez más ubicado en una suerte de «parque jurásico», que es el mundo. En el que corremos el serio riesgo de que a Occidente le ocurra lo que Churchill señalaba del Imperio británico: que nuestra amistad no se valora, pero nuestra enemistad no se teme.

Deseo ilusorio pues hoy la barbarie, fortalecida, se asoma a nuestras mismas fronteras, y es ella la que trata de expandirse a nuestra costa, tanto en el sur como en el este de Europa. Y nuestro fracaso en Ucrania evidenciará nuestra debilidad, que se retroalimentará en división interna y en menosprecio exterior. Ni amados ni temidos.

Y con ello –por seguir con Toynbee– Occidente se habrá consumado por suicidio y abandono, y dejará de ser aquella *Gran Sociedad*; por usar sus

⁴¹ *Op.cit.*, p. 492-493.

palabras, ese *gran árbol bajo cuyas ramas todas las naciones de la Tierra han venido a cobijarse*.

Y tengo la seguridad de que el árbol que nos sustituya, si es que es capaz de crecer, ese posterior cobijo, no será comparable, ni de lejos, con el que habremos dejado atrás, que puede que sea recordado por los historiadores futuros como nosotros recordamos la Atenas de Pericles: uno de los momentos estelares de la historia de la humanidad.